

*Hôtel de Ville*—Unos cuantos jóvenes, á las aclamaciones de la muchedumbre, se engancharon al carro fúnebre y empezaron á tirar de Lamarque por el puente de Austerlitz, mientras que otros conducian á Lafayette en un fiacre por el muelle Morland.

En el grupo que rodeaba y aclamaba á Lafayette, hacíase notar y distinguir un aleman llamado Ludwig Snyder, que murió despues centenario, que tambien habia hecho la guerra de 1776, que habia combatido en Trenton bajo las órdenes de Washington, y en Brandywine bajo el mando de Lafayette.

Entre tanto, en la orilla izquierda del Sena, la caballería municipal se puso en movimiento, viniendo á cortar el paso del puente, mientras que, en la orilla derecha, los dragones salian de los Celestinos y se desplegaban á lo largo del muelle Morland. El pueblo que conducia á Lafayette los vió de improviso, en el recodo del muelle, y gritó: ¡ Los dragones! Los dragones entre tanto avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en el arzon, sable envainado y mosquete colgando, como quien espera el momento oportuno de hacer uso de las armas, en una actitud sombría y siniestra.

Á unos doscientos pasos del puente chico hicieron alto. El fiacre en que iba Lafayette fué caminando hasta llegar adonde ellos estaban; abrieron las filas, le dejaron pasar, y en seguida volvieron á cerrarlas. En este momento, los dragones y la muchedumbre se tocaban. Las mujeres huían con terror.

¿ Qué fué lo que pasó en este minuto fatal? nadie podria decirlo. Es el momento tenebroso en que se mezclan dos nubes. Los unos refieren que hácia el lado del Arsenal se oyó una charanga que daba el toque de carga, otros que un muchacho dió una puñalada á un dragon. El hecho es que tres tiros partieron súbitamente, el primero mató al jefe de

escuadron Cho'et, el segundo mató á una pobre vieja sorda, al tiempo de cerrar su ventana, en la calle de la Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera á un oficial; una mujer gritó á la sazón: ¡ Se principia demasiado pronto! y de improviso se vió por el lado opuesto al muelle Morland un escuadron de dragones que habia quedado en el cuartel desembocar á galope, sable en mano, por la calle Bassompierre y el boulevard Bourdon, barriéndolo todo por delante.

Despues de esto, todo está dicho, la tempestad se desencadena, las piedras llueven, el fuego de fusilería estalla, muchos se precipitan á la parte baja de la escarpa del Sena y pasan el pequeño brazo del rio que está hoy cegado, los almacenes de madera de la isla Louviers, esa vasta ciudadela que se encuentra enteramente hecha, se erizan de combatientes, arrancan las estacas, disparan pistoletazos, bosquéjase una barricada, los jóvenes rechazados pasan el puente de Austerlitz con el carro fúnebre á la carrera y cargan á la guardia municipal, los carabineros acuden, los dragones acuchillan, la muchedumbre se dispersa en todos sentidos, un rumor de guerra cunde por los cuatro costados de París, gritando: ¡ Á las armas! Corren, tropiezan, caen, huyen, resisten. La ira arrebató el movimiento como el viento arrebató el fuego.

#### IV

##### LA FERMENTACION DE OTROS TIEMPOS

Nada más extraordinario que la primera comezon de una asonada. Todo estalla á la vez en todas partes. ¿Era esto una cosa prevista? sí. ¿Estaba preparada? no. ¿De dónde sale esto? de las piedras. ¿De dónde cae? de las nubes. Aquí la insurreccion tiene el carácter de un complot; allí de una improvisacion. El primero que pasa se apodera de una corriente de la multitud y la conduce adonde quiere. Principio lleno de espanto, donde se mezcla una especie de alegría formidable. En primer lugar se hacen oír grandes clamores, los almacenes y tiendas se cierran, los aparadores se desguarnecen desapareciendo todos los géneros expuestos al público; al mismo tiempo se hacen oír tiros aislados; los transeuntes corren ahuyentándose del teatro de la asonada: algunas puertas se

abren á culatazos; óyese a las criadas reir en los patios de las casas diciendo: ¡ *Va á haber jarana!*

Apénas habria transcurrido un cuarto de hora, cuando hé aquí lo que pasana casi al mismo tiempo en veinte puntos diversos de París.

En la calle de Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie, unos veinte jóvenes, de barba larga y larga cabellera, entraban en un café del cual salieron al poco tiempo con una bandera tricolor horizontal cubierta de una gasa y llevando á la cabeza de ellos tres hombres armados, uno de un sable, otro de un fusil y el tercero de una pica.

En la calle de Nonains-d'Hyères, un bourgeois bien vestido, ventrudo, con la voz sonora, calvo, de frente elevada, barba negra, y uno de esos bigotes rígidos que es imposible asentar, ofrecia públicamente cartuchos á los transeuntes.

En la calle de Saint-Pierre-Montmartre, varios hombres con los brazos desnudos paseaban una bandera negra, en la cual se leian estas palabras en letras blancas: *República ó la muerte*. En la calle de Jeûneurs, en la calle del Cadran, en la calle Montorgueil, en la calle Mandar, aparecian grupos agitando banderas en las cuales se distinguia en letras de oro la palabra *seccion* con un número. Una de estas banderas era roja y azul con un imperceptible entre-dos blanco.

En el boulevard de San Martinsaqueaban una fábrica de armas, y tres tiendas de armeros fueron tambien entradas á saco, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle de Michel-le-Comte, y la otra en la calle del Temple. En el espacio de algunos minutos, las mil manos de la muchedumbre cogian y se llevaban doscientos treinta fusiles, casi todos de dos cañones, sesenta sables, y ochenta y tres pistolas: y con el objeto de armar á más gente, uno tomaba el fusil y otro la bayoneta.

En frente del muelle de la Grève, unos jóvenes armados de mosquetes se instalaron en casa de unas mujeres, para desde allí disparar. Uno de ellos tenía un mosquete de rueda. Llamaban, entraban y se ponían á hacer cartuchos. Una de aquellas mujeres ha dicho despues : *Yo no sabía lo que eran cartuchos, mi marido es quien me lo ha dicho.*

Un grupo forzó la entrada de una tienda de curiosidades en la calle de las Vieilles-Haudriettes y tomó allí yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil muerto de un tiro yacía en medio de la calle de la Perla.

Y además, en la orilla derecha, en la orilla izquierda, en los muelles, en los boulevards, en el barrio latino, en el de los mercados centrales, hombres jadeando, obreros, estudiantes, seccionarios, leían proclamas y gritaban : ¡ Á las armas ! rompían los faroles, desenganchaban los caballos de los carruajes, desempedaban las calles, forzaban las puertas de las casas, arrancaban los árboles, registraban las cuevas, hacían rodar toneles, amontonaban piedras, cascote, muebles y tablas para levantar barricadas.

Obligaban á los bourgeois á que los ayudasen. Si entraban en casas donde sólo hallaban mujeres, hacían que ellas les entregasen el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con yeso en la puerta : *las armas están entregadas.* Algunos solían firmar « con sus propios nombres » los recibos del fusil y del sable, y decían : *enviadlos á buscar mañana á la alcaldía.* Desarmaban en las calles á los centinelas aislados y á los guardias nacionales que se dirigían á su municipalidad, á los oficiales, les arrancaban las charreteras. En la calle del Cimetière-Saint-Nicolas, un oficial de la guardia nacional, perseguido por una turba armada de garrotes y de floretes, logró refugiarse, con mucho trabajo, en una casa de la cual no pudo salir hasta aquella noche y disfrazado.

En el barrio de Saint-Jacques, salían por enjambres los estudiantes de sus hoteles, y subían á la calle de Saint-Hyacinthe, al café del Progreso, ó bien descendían al café de los Siete-Billares, en la calle de Mathurins. Allí, frente á las puertas, varios jóvenes, de pié sobre los guardacantones, distribuían armas. Se saqueaba el almacén de madera de la calle Transnonain para hacer barricadas. En un solo punto opusieron resistencia los habitantes, en la esquina de las calles de Sainte-Avoye y de Simon-le-Franc, donde ellos mismos destruían la barricada. En un solo punto cedían los insurgentes, abandonando una barricada que habían empezado á construir en la calle del Temple des pues de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, huyendo por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola. Los guardias nacionales rompieron la bandera, llevándose los pedazos de ella en las puntas de sus bayonetas.

Todo lo que vamos refiriendo aquí lenta y sucesivamente sucedía á la vez en todos los diferentes puntos de la ciudad en medio de un vasto tumulto, como una multitud de relámpagos en un solo redoble de truenos.

En ménos de una hora se levantaron del suelo veintisiete barricadas sólo en el barrio de los mercados centrales (*des halles*). En el centro se hallaba aquella famosa casa n.º 50, que fué la fortaleza de Jeanne y de sus ciento seis compañeros, y que, flanqueada á un lado por una barricada en Saint-Merry, y al otro por otra barricada en la calle Maubúée, dominaba tres calles, la calle de los Arcis, la de San Martin, y la de Aubry-le-Boucher que ella cogía de frente. Dos barricadas en escuadra se replegaban, la una de la calle Montorgueil sobre la Grande-Truanderie, y la otra de la calle Geoffroy-Langevin sobre la calle Sainte-Avoye. Sin contar innumerables barricadas en otros veinte barrios de

París, en el Marais, en la montaña de Santa Genoveva; una, en la calle Ménilmontant, donde se veía una puerta cochera arrancada de sus goznes; otra junto al puente chico del Hôtel-Dieu, hecha con un carruaje desenganchado y volcado, á trescientos pasos de la prefectura de policía.

En la barricada de la calle de los Ménétriers, un hombre bien puesto repartía dinero á los trabajadores. En la barricada de la calle Grenetat apareció otro hombre á caballo que entregó al que parecía ser el jefe de la barricada un paquetito que tenía trazas de ser un rollo de dinero. — *Aquí tiene usted, dijo, para pagar los gastos, el vino, et cætera.* Un jóven rubio, sin corbata, iba sin cesar de una á otra barricada á llevar consignas. Otro, con el sable desenvainado, y que llevaba puesta una gorra de cuartel azul, colocaba centinelas. En el interior, más acá de las barricadas, las tabernas y los cuartos de porteros se hallaban convertidos en cuerpos de guardia. Por lo demas, los insurrectos se conducían segun las reglas de la más sábia táctica militar. Las calles estrechas, desiguales, sinuosas, llenas de ángulos y de recodos, estaban admirablemente escogidas; particularmente las cercanías de los mercados cantreles, laberinto de callejuelas más embrollado que una selva. La sociedad de los Amigos del Pueblo había tomado, segun decían, la dirección del movimiento insurreccional en el barrio de Sainte-Avoye. Al registrar á un hombre á quien mataron en la calle del Ponceau, hallaron que llevaba consigo un plano de París.

Lo que en realidad había tomado la dirección del movimiento, era una especie de impetuosidad desconocida que estaba en el aire. La insurrección había erigido bruscamente barricadas con una mano, mientras que con la otra se apoderaba de casi todos los puestos de la guarnición. Como un reguero de pólvora que se enciende, en ménos de tres horas habían invadido y ocupado los insur-

rectos, en la orilla derecha, el Arsenal, la alcaldía de la plaza Real, todo el Marais, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiote, el Château-d'Eau, todas las calles que rodean los mercados centrales; y en la orilla izquierda, el cuartel de los Veteranos, Santa Pelagia, la plaza Maubert, el polvorin de los Dos-Molinos, y todas las barreras. Á las cinco de la tarde, eran ya dueños de la Bastilla, de la Lingerie, de los Blancs-Manteaux; sus avanzadas llegaban á la plaza de las Victorias, amenazaban al Banco, al cuartel de los Petits-Pères, y á la casa de Correos. La tercera parte de París estaba dominada por la insurrección.

La lucha se hallaba gigantescamente empeñada en todos los puntos; y, de los desarmes, de las visitas domiciliarias, de las tiendas de armeros vivamente invadidas, resultaba esto, que el combate empezado á pedradas continuaba á tiros.

Á eso de las seis de la tarde, el pasaje del Saumonise transformó en campo de batalla. La rebelión se hallaba en un extremo y la tropa en el extremo opuesto; fusilándose así reciprocamente, de la una á la otra verja. Un observador, un soñador, el autor de este libro, que había ido á ver el volcan de cerca, se encontró en el pasaje cogido entre los dos fuegos. Para preservarse de las balas, no tenía más que el canto de las medias columnas que separan las tiendas, más de media hora estuvo en esta situación delicada.

Entre tanto continuaba siempre el toque de generala, los guardias nacionales se vestían el uniforme y se armaban á toda prisa, las legiones salían de las alcaldías, al par que los regimientos salían de los cuarteles. Frente al pasaje del Ancre, un tambor recibía de puñaladas. Otro fué acometido, en la calle del Cisne, por unos treinta jóvenes que rompieron la caja y le quitaron el sable. Á otro tambor le mataron en la calle de Grenier-

Saint-Lazare; mientras que, en la calle de Michel-le-Conte, tres oficiales caían muertos uno después de otro, y en la calle de los Lombardos retrocedían varios guardias municipales heridos.

Delante de la Cour-Batave, un destacamento de guardias nacionales halló una bandera roja en la cual se leía esta inscripción: *Revolucion republicana*, n.º 127. ¿Era aquella en efecto una revolucion?

Habíase hecho la insurreccion, del centro de París, una especie de ciudadela inextricable, tortuosa, colosal!

Allí era donde se hallaba el foco, allí estaba evidentemente la cuestion. Todo lo demás no era otra cosa que escaramuzas. Lo que probaba que todo se decidiría en aquel foco, es que aún no se batían allí.

En algunos regimientos, notábase cierta vacilacion ó incertidumbre en los soldados, lo que sin duda aumentaba la espantosa oscuridad de la crisis. Se acordaban de la ovacion popular que en Julio de 1830 acogió la neutralidad del 53.º de línea. Dos hombres intrépidos y experimentados en las grandes lides, el mariscal de Lobau y el general Bugeaud, ejercían el mando de las tropas, Bugeaud á las órdenes de Lobau. Enormes patrullas, compuestas de batallones de línea encerrados en medio de compañías enteras de guardia nacional, y precedidas de un comisario de policía con su banda, iban reconocer las calles insurrectas; mientras que los insurgentes á su vez colocaban centinelas en las esquinas y encrucijadas y enviaban audazmente patrullas fuera de los puntos donde se hallaban erigidas las barricadas. Por ambas partes se observaban mutuamente. El gobierno, con un ejército á su disposicion, vacilaba; iba ya á ser de noche y se empezaba á oír el toque á rebato en la parroquia de Saint-Merry. El ministro de la guerra de

aquella época, el mariscal Soult, que se había hallado en Austerlitz, miraba aquello con ademán sombrío.

Esos viejos marineros, habituados á la maniobra correcta y no teniendo otro recurso ni otra guía que la táctica, esta brújula de las batallas, vense todos desorientados en presencia de esa inmensa espuma que se llama la ira pública. El viento de las revoluciones no es cosa fácil de manejar.

Los guardias nacionales de las afueras acudían á toda prisa y en desórden. Un batallon del 12.º ligero venía á la carrera desde Saint-Denis, el 14.º de línea llegaba de Courbevoie, las baterías de la Escuela militar habían tomado posicion en el Carrousel; y de Vincennes descendían numerosos cañones.

En Tullerías iba notándose una grande soledad. Luis Felipe se mostraba muy tranquilo y sereno.

Ó bien :

— En el arrabal de San Antonio.

De ordinario suele añadir con indiferencia :

— No sé en qué parte, por allá.

Más tarde, cuando se distingue el ruido lúgubre y desgarrador de la fusilería y los fuegos de peloton, el tendero dice :

— ¡ Parece que la cosa va con calor ! ¡ Caramba, que ya va quemando !

Un momento despues, si el movimiento gana terreno y se acerca á su casa, cierra corriendo la tienda y se planta el uniforme á toda prisa, es decir, que pone sus mercancías en seguridad y arriesga su persona.

Se fusilan en una encrucijada de calles, en un pasaje, en un callejon sin salida ; se toman, se pierden y se vuelven á recobrar de nuevo unas mismas barricadas ; la sangre corre, la metralla acribilla las fachadas de las casas, las balas matan á las gentes en su propia alcoba, el suelo de las calles se halla alfombrado de cadáveres. Y á pocos pasos más allá, se oye el choque de las bolas de billar en los cafés.

Los teatros abren sus puertas y representan vaudevilles ó zarzuelas ; los curiosos conversan y rien á dos pasos de aquellas calles llenas de guerra. Los coches no cesan de caminar ; los transeuntes van á comer á la fonda, á veces al mismo barrio donde se están batiendo. En 1831, se interrumpió un tiroteo para dejar que pasase una boda.

Cuando tuvo lugar la insurreccion del 12 de Mayo de 1839, en la calle de San Martin se veia un viejecito enfermo, arrastrando un carretón, cubierto con un trapo tricolor, en el cual llevaba unas garrafas llenas de un líquido cualquiera, iba y venía desde la barricada á la tropa y desde la tropa á la barricada, ofreciendo impar-

V

#### ORIGINALIDAD DE PARÍS

En los dos últimos años, como lo hemos dicho ya, París habia visto más de una insurreccion. Fuera de los barrios insurrectos, nada suele ser de ordinario más singularmente apacible y sosegado que la fisonomía de París durante un movimiento popular. París se acostumbra muy pronto á todo, — ¡ no es más que una asonada ! — y París tiene tantos negocios que le ocupen, que no se incomoda él por tan poca cosa. Sólo estas ciudades colosales pueden dar tales espectáculos : sólo estos inmensos recintos pueden contener al mismo tiempo la guerra civil y no se sabe qué especie de extraña tranquilidad. Generalmente, cuando la insurreccion comienza, cuando se oye el tambor, la llamada, la generala, el tendero se limita á decir :

— Parece que hay gresca en la calle de San Martin ;

cialmente vasos de agua de regaliz — ora al gobierno, ora á la anarquía.

Nada es más extraño; y este es el carácter propio de las revueltas de París, carácter que no ofrecen las revueltas de ninguna otra capital. Para esto se necesitan dos cosas, la grandeza y la alegría de París. Es menester ser la ciudad de Voltaire y de Napoleon.

Esta vez, sin embargo, en la jornada del 5 de Junio de 1832, la gran ciudad sintió alguna cosa que era tal vez más fuerte que ella; y tuvo miedo. Por todas partes, áun en los barrios más lejanos y más « desinteresados, » veíanse puertas, ventanas y persianas cerradas en mitad del día. Los valientes se armaron y los cobardes se ocultaron. El transeunte indiferente y atareado en sus negocios desapareció. Muchas calles estaban desiertas, como á las cuatro de la mañana. Hacíanse circular detalles alarmantes, propagábanse noticias fatales: — que *los sublevados* se habían apoderado del Banco; — que, sólo en el claustro de Saint-Merry, eran seiscientos, atrincherados y bastionados en la Iglesia; — que no había completa seguridad en la línea; — que Armand Carrel había ido á ver al mariscal Clausel y que el mariscal le había dicho: *Ante todo, procuren ustedes contar con un regimiento*; — que Lafayette estaba enfermo, pero que sin embargo les había dicho: *Yo soy de ustedes; y los seguiré á todas partes donde haya sitio para una silla*; — que era preciso estar en guardia; que por la noche habría gentes que saquearían las casas aisladas, en los parajes desiertos de París (en esto se reconocía claramente la imaginación inventiva de la policía, esta Ana Radcliffe mezclada con el gobierno); — que habían establecido una batería en la calle de Aubry-le-Boucher; — que Lobau y Bugeaud se concertaban, y que á media noche, ó lo más tarde, al amanecer, marcharían cuatro

columnas á la vez sobre el centro de la insurrección, la primera procedente de la Bastilla, la segunda de la puerta de San Martín, la tercera de la Grève y la cuarta de los mercados centrales; — que tal vez también las tropas evacuarían á París y se retirarían al Campo de Marte; — que no se sabía lo que sucedería, pero que, de seguro esta vez, era la situación muy grave. — Preocupábanse de las hesitaciones del mariscal Soult. — ¿Por qué no atacaba en seguida? — Es indudable que él estaba profundamente absorto. El león viejo parecía olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegada la noche, los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban con semblante irritado registraban escrupulosamente á todos los transeuntes, prendiendo á los sospechosos. Á las nueve, había ya más de ochocientas personas presas: la prefectura de policía, la Conserjería, la Force, todas las prisiones se hallaban atestadas de gente. Particularmente en la Conserjería, á lo largo del subterráneo que llaman la calle de París, todo estaba lleno de haces de paja sobre los cuales se hallaban como amontonados multitud de prisioneros, á quienes el hombre de Lyon, Lagrange, arengaba con vigor y con bravura. Toda aquella paja, removida por todos aquellos hombres, formaba un ruido semejante al de un chaparrón. En otras partes, los prisioneros se acostaban en los prados, al raso, unos sobre otros. Era general la ansiedad, y cierto temblor ó estremecimiento nada común en París.

Fortificábanse en las casas; las esposas y las madres se inquietaban naturalmente; no se oía sino esta general exclamación: *¡Ay Dios mío! todavía no ha entrado este hombre, ó este chico!* Apenas si se oía desde lejos rodar de vez en cuando algún raro carruaje. Pontábase las gentes la puerta de la calle, por dentro, y cerrada aquella, se entienda, á escuchar atentas los rumores, los gritos,

los tumultos, los ruidos sordos é indistintos, cosas de las cuales se decian entre sí : *Esa es la caballería, ó bien : Son cajones de la artillería que van al galope*, los clarines, los tambores, los fuegos de fusilería, y sobre todo, aquel lamentable somaten que no cesaban de tocar las campanas de Saint-Merry. Esperábase de un momento á otro oír el primer cañonazo. Por las esquinas de las calles se presentaban unos hombres que desaparecian despues gritando : ¡ Á casa ! ¡ vuélvase cada cual á su casa ! Y muchos se apresuraban á echar cerrojos á sus puertas. Otros decian : ¿ Cómo concluirá esto ? De instante en instante, á medida que la noche avanzaba, parecia que París se iba cubriendo cada vez más por el lúgubre y formidable resplandor de la insurreccion.

## LIBRO UNDÉCIMO

## EL ATOMO

FRATERNIZA CON EL HURACAN

## I

ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA POESÍA  
DE GAVROCHE. — INFLUENCIA DE UN ACADÉMICO EN ESTA POESÍA

En el instante mismo en que la insurreccion, surgiendo del choque del pueblo y de la tropa delante del Arsenal, determinó un movimiento hácia atras en la muchedumbre que seguía el carro fúnebre, y que, en toda la longitud de los boulevards, pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza del convoy, fué aquel un reflujo espantoso. Aquella inmensa muchedumbre se bamboleó del uno al otro extremo, rompiéronse las filas, todos corrieron, se alejaron, escaparon,